

Pensando la masculinidad desde la vertiente homosexual

*Alicia Leisse de Lustgarten**

Resumen

Este trabajo propone hilvanar algunas ideas desde la perspectiva de la constitución del género, partiendo del análisis de un paciente homosexual para detenerme en lo que considero central: las tramas identificatorias y la elección de objeto. Entiendo la sexualidad articulada en un complejo entretejido que recoge cómo hemos sido enunciados, cuál es el registro propio y cómo se han dirimido los complejos afectivos en la travesía edípica. Las hipótesis de las identificaciones parentales que dan cuenta de quién se es y a quién se elige, no necesariamente se corresponden con la orientación sexual del sujeto y se extienden a relaciones diversas.

Algunas cuestiones preliminares

“En estos nuevos tiempos, señalados como posmodernos, parecería ser que los sujetos adquieren su sexuación y además pretenden vivirla de manera más diversa y más heterogénea que en la modernidad” (Debora Tajer, 1996). Recojo esta afirmación para dar cuenta del punto de partida ético en las ideas que hoy me ocupan. Cuando digo ético, me refero a sostener la interrogante en una trama siempre abierta y siempre conflictiva: la sexualidad humana considerada fuera de la etiqueta psicopatológica que pretende definir lo que es o no “normal”.

* Miembro titular en función didáctica de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas. Miembro de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

Hace mucho que este criterio no alcanza para dar cuenta por dónde se mueven los sujetos humanos. La realidad ya casi no se presenta con los mismos modos que cuando empezamos a pensarla, lo cual no sólo invita sino que también obliga a visitar nuestras aproximaciones en tanto fundamentan la escucha que tenemos para aquellos que nos demandan ayuda. Hoy me detengo en una de las caras de la sexualidad humana, mapa vasto que se derrama desde el territorio genital, para teñir el panorama psíquico coloreándolo de libido y, en tanto tal, de erotismo.

Desde mi óptica, la sexualidad se construye en un complejo entretejido que recoge cómo hemos sido enunciados, cuál es el registro propio, cuál es el guión fantasmático que, a manera de narrativa, subjetiva el vínculo con el otro y lo inviste en la red relacional. Da cuenta también de cómo se han dirimido las vicisitudes afectivo-sexuales en la travesía edípica que se sucede con los padres, con no poca frecuencia mal interpretada como casi todo lo que se hace literalmente, desaprovechando la cara más evidente que se nos ofrece en la historia de vida que escribe cada sujeto y en la que esos otros significativos han escrito primero.

No pretendo incursionar en un panorama explicativo que inevitablemente nos toma a la hora de intentar dar cuenta de los hechos clínicos; más aún, cuando nos adentramos en insuficiencias y contradicciones como es el caso de la sexualidad humana. A través de tramos de un recorrido clínico, me propongo hilvanar algunas ideas desde la perspectiva de la constitución del género.

El escenario clínico¹

1981. Eran los comienzos de mi ejercicio como psicoanalista. Un colega me refirió a Alberto, a quien trataría durante más de cuatro años. Se presentó como “homosexual”, tenía 36 años. A pesar de algunos encuentros heterosexuales esporádicos –antes y después de un matrimonio del que quedó un varón–, nunca se consideró bisexual. Decía que el “coito genital” no le era para nada atractivo a diferencia de su habitual práctica de “coito homosexual” con el que disfrutaba mucho; no digo bien: de allí partía su sufrimiento toda vez que no tenía erección; esto fue explícitamente su motivo de consulta. Como tantos de nuestros pacientes, tenía la fantasía

¹ La siguiente viñeta clínica fue incluida en un trabajo publicado en esta revista *Trópicos*. Caracas: X.2.2002, en la oportunidad de discurrir en el tema de la homosexualidad.

de que, si se analizaba, el síntoma remitiría. Yo pensaba en abrir caminos para que conociera de qué trataba su sexualidad y así acceder a un camino más expedito para transitarla. Antonio era su pareja estable, un reputado médico algo mayor que él, poseedor de bienes de fortuna y con años de experiencia analítica. Alberto celaba a Antonio. No podía soportar que viera a otras parejas gay, reñían con frecuencia y parecía atrapado en los esfuerzos que hacía por retenerlo a su lado. La inferioridad de su estatus económico, derivado de un oficio inestable, parecía pesar a ambos y se encadenaba a la condición de sujeción sexual; así era vivido el sistemático papel de ser penetrado porque “no quedaba otra”. Aceptó la propuesta de tratamiento: 4 veces por semana. Aunque su motivación inicial partió del hecho de que su pareja también se analizaba, rápidamente se convirtió en algo propio. Asistía con regularidad y, aun con dificultades para arreglarse en su economía, cuidaba sus pagos. Se mostraba analítico, dispuesto al trabajo, a pesar de la preocupación central por el síntoma. Nunca hubo tal cosa como que quisiera dejar de ser homosexual. Tampoco era algo de lo que hablaba, excepto en círculos donde se encontraba entre iguales.

Dentro del muy amplio material que trajo en esos años, quiero destacar lo que considero central en este trabajo: las tramas identificatorias y la elección de objeto. También quiero resaltar que Alberto siempre se asumió como hombre al tiempo que dejaba en claro que le gustaban los hombres. Cerró de manera definitiva la relación con las mujeres al corroborar que su deseo sexual era con aquéllos. Sin embargo, nunca remitió su problema de erección. La dinámica era así: con las mujeres no se excitaba, con los hombres sí; pero no podía asumirse en los términos que definía como ser activo: “penetrar”. Curiosamente, esto no se circunscribía a la cama, asomaba también en todo lo que refería a procurarse medios de vida, quedando a merced “de su exitoso amante”, lo que redoblaba la desvalorización. Para la época que iniciamos nuestro trabajo resaltaba el sufrimiento fundamental en su vida amorosa y sexual, organizándose en una estructura neurótica con dificultades para asumirse como un adulto. Su madre y una tía habían cumplido, de manera un tanto aglutinada, la función materna sin un referente paterno que fungiera de tercero; por lo tanto, y así lo decía el paciente, la búsqueda de una pareja homosexual era también la búsqueda de un padre. Tenía otros hermanos que hicieron poca aparición en nuestro diálogo, mostrando una pintura que registré como la de un niño pequeño y tristón en el medio de dos mujeres. Su padre vivía en casa, pero era un ser “de la puerta para fuera”; mientras que la madre se fue perfilando con un pensamiento mágico-animista en el que se podía detectar algo de

tinte psicótico. Fue, sin embargo, una figura relevante al estar presente, en tanto lo que esperaba del padre quedó postergado para pretenderlo en su relación de pareja que mantuvo hasta el final de su vida. Tanto Antonio como Alberto murieron debido al sida, varios años más tarde de terminar nuestros encuentros.

A lo largo de mi ejercicio he encontrado que la hipótesis de las identificaciones parentales, para dar cuenta de quién se es y a quién se elige, no necesariamente se corresponde con la orientación sexual del sujeto y se extiende a relaciones insospechables. Padres que han cumplido su función, dedicados y presentes pueden ser los progenitores de un joven cuya preferencia se define por su mismo sexo. Tampoco se trata de que la sexualidad “homo” sea conflictiva por definición; lo será, eso sí, al quedar atravesada por las vicisitudes tempranas del narcisismo y/o las del Edipo. Lo que importa acá tampoco refiere a la condición homosexual de Alberto. La homosexualidad no siempre se compadece con la desmentida de la castración, enunciado que la situaría dentro de la organización inconsciente perversa. Hay homosexualidades neuróticas, perversas y psicóticas, como hay heterosexualidades neuróticas, perversas y psicóticas. Suscribo la afirmación de McDougall (2000) cuando sostiene que la predilección sexual no es algo que hay que resolver a menos que cause sufrimiento. Pienso, eso sí, que es una elección vulnerable porque es de reciente data cuando el medio social ratifica esta opción, todavía con restricciones de grado diverso y dilemas de difícil resolución, los cuales, podríamos decir, se deben a la insuficiencia de respuestas que la cultura provee, a pesar de que es en su seno donde se gestan las variantes sexuales que hoy circulan. A lo largo de la historia, salvo en algunas épocas y en algunos lugares, la organización social ha estado articulada en la heterosexualidad. Ciertamente, la homosexual es una elección que abre muchas preguntas y que se hace vulnerable a lo que entiendo como la sintomatización del conflicto con el consecuente sufrimiento. Quiero detenerme en este punto particular para incursionar en otros ángulos de comprensión.

La perspectiva que me interesa considerar apunta a cómo se constituye la masculinidad y cómo se registra la identidad de género, desde la constelación preedípica en la que el ser de los inicios se gesta en vínculos que dejan en él grávidos efectos, en los que se articula y de los que se diferencia. El comportamiento de género no es el sexo biológico sino las experiencias vividas desde el nacimiento, comenzando por la asignación del sexo. Cómo quieren verlo sus padres, cómo quiere verse él, cómo se ve él: todas estas escenas serán caldo de cultivo del conflicto. Del Bosque (2009) –al referirse

a las primeras identificaciones de género y a las cualidades que hacen al ser del varón— subraya la relevancia que el padre tiene en las identificaciones primeras no sólo desde la tríada: rival y normativo, sino ese otro padre diádico, sustituto de la madre a quien el niño se voltea con mirada idealizada. El faltante de estas figuras o funciones llevará a buscar cualidades compensatorias. Una presencia materna posesiva y confusa coloca al pequeño ser en una posición de dependencia con la consecuente ambivalencia que podría derivar en una inhibición insuperable. Alberto parece fijarse a una relación diádica con la madre que lo conduce a una seudomasculinidad, aumentando así la demanda a un padre diádico. Los primeros cuidados que da el padre —como metonimia de la madre— serán el arranque para la inscripción del deseo erótico por él. Laplanche (1988) diferencia entre género y sexo, de manera tal que lo masculino y femenino no necesariamente se abrochan a lo sexual, lo que ocurrirá más tarde —incluso antes de la diferencia anatómica— al ser otorgados por el entorno parental. Se trata de la producción de subjetividad y la constitución del psiquismo. Quiero subrayar el concepto de padre diádico, que no es el padre del Edipo, sino el padre Otro que se registra desde el lugar de la demanda y de la articulación narcisista: qué es y quién es. Este faltante asoma sin palabras en Alberto, cuando pretende incorporar la virilidad a través de la relación con otro hombre para restañar la impotencia y subsanar los faltantes narcisísticos. El rechazo consciente a ser penetrado cederá su lugar al orgasmo, inhalando una droga para recrear el escenario fantasmático de no sólo poderlo todo, sino también de serlo, doble registro de la dialéctica de la castración. Agrega Del Bosque que, si el niño no resuelve la relación simbiótica en la díada relacional, ello impedirá su progresión al nivel edípico. Prefiero entenderlo no en términos de progresión, sino de dificultades para transitar por las vicisitudes que comportan las relaciones objetales triádicas y sus conflictos específicos. Al niño varón le compete desidentificarse de la madre para identificarse con el padre y liberarse así de la fusión simbiótica con la madre. Pero la identificación también se apoya en los motivos que el padre ofrece para ello y en cuanto la madre interfiere. El desenlace puede derivar en abandonar el reino materno, poniendo distancia en lo que ha sido su cuerpo para la madre. Según Olivier (1980), el hombre educado sólo por mujeres puede desarrollar un lenguaje defensivo o agresivo contra ellas. Cuando Alberto queda librado a un escenario como éste, el proceso de idealización del padre no ocurre, lo que puede devenir en la búsqueda idealizada de un otro que eventualmente será erotizado, estableciendo una suerte de anudamiento. La conciencia de ser varón se hace carga y la vía de la sexualidad “homo” ofrece una salida.

Podríamos pensar que Alberto, en sus experiencias infantiles –rodeado de mujeres poco erotizadas con un hombre, pero con tintes seductores hacia él–, no tuvo tampoco demasiado investimento de su pene, quedando en deuda para resarcirlo en su sexualidad posterior. Para Fridman (2000), el varón se identifica con su padre buscando el amor confirmatorio de su propia identidad de género. Estamos en presencia del padre preedípico. La identificación no se montaría entonces en la semejanza a la mujer sino en la similitud con el hombre: ser como el padre en cuanto objeto sexuado y no serlo como posesión de la madre. Los movimientos constitutivos que intervienen en lo temprano y en los posteriores sucesos traumáticos pueden devenir en una organización sexual que retiene al padre como objeto sexual, foco de conflicto en la vida afectiva cuando salen al primer plano las angustias de castración al tiempo que el otro fálico es el agente que castra.

Las ideas expresadas pretenden subrayar que la elección de pareja no se sostiene únicamente en la no resolución de la trama edípica. Ella por sí misma no deriva en una u otra elección sexual. Suscribo, esto sí, la afirmación que señala que los síntomas provienen siempre de la imposibilidad de resolver el conflicto edípico como consecuencia de la falta de uno de los protagonistas de un drama que, aunque incluye tres, suele estar representado por dos, porque el padre no aparece en escena.

Un recorrido analítico levanta nuevas perspectivas. Había pasado tiempo y Alberto asumía más abiertamente su identidad y se integraba más diferenciadamente en sus vínculos. Mi visual se hizo más clara: lo veía organizado en una estructura histórica con una elección homosexual de objeto desde una identidad que se define y que funciona como masculina (Leisse, 2002). Sufre al ser penetrado porque también quiere penetrar, expresiones diversas de su deseo sexual. No aplican las homologaciones falta de erección = deseo de ser penetrado, en tanto ano = sustituto de la vagina, aproximación muy en boga para la época. Ser penetrado no lo hace ni mujer ni femenino. Ello apuntaría a una concepción de la sexualidad falocéntrica que se desarrolla por etapas hasta alcanzar –o no– la llamada genitalidad. Es penetrado desde su condición de hombre por otro hombre. Suelta el camino heterosexual y entra de lleno en la elección homosexual para no dejarlo nunca más; pero su transcurrir portará las viejas heridas traumáticas y lo repetirá en una sexualidad siempre sufriente. El punto no es la elección homo o heterosexual, sino el sello lacerante al pretender alguien inconseguible que recogería algo de ese escenario erotizado donde el otro nunca estuvo. Alizade (2007) diferencia entre las vivencias de placer y las vivencias de goce, afirmando que estas últimas otorgan al juego sexual una dimensión entre apasionante

y peligrosa, al acercar a los seres a un abismo o límite desconocido: la pulsión de vida se alía a la pulsión de muerte. Alberto recurrirá en relaciones cambiantes para contrarrestar el carácter adictivo de su vínculo con Antonio. La fantasía de poderlo todo recoge satisfacciones narcisistas puestas en acto en una sexualidad desbordada. Es la necesidad de afecto en la que se juntan deseo y amor, el deseo arrimándose a la demanda. La sexualización es una vía expedita para lidiar con la castración; lo que se pierde irrevocablemente, el límite a lo que se anhela. Verlo todo, probarlo todo muestra una fantasía reivindicatoria de un supuesto todo poder que le atribuye a su pareja y que lo deja desfalleciente en el reconocimiento doloroso de lo que en él apenas valida. Pero responde, al mismo tiempo, a una trama perversa en tanto cada cual construye el fantasma sexual que pretende desconocer la castración. Lo aquí llamado “perverso” refiere a la construcción de un escenario donde siempre habite un otro, no importa con qué condiciones, a qué precio o quién sea. El asunto es que esté ahí para desmentir la falta por demás indigerible.

Nuestro trabajo terminó. La respuesta única y total que le demandaba a Antonio –espejismo que delataba la cualidad narcisista de su búsqueda– lo llevó a un *acting*. La “intervención” del analista de su pareja vino en su ayuda; desplazar la transferencia paterna en un nuevo terapeuta, esta vez masculino, para supuestamente “desmontar” esa investidura de su relación con aquél. Era la pretensión de un “acto mágico” que revertiría el guión fantasmático que animaba sus pasos.

Referencias bibliográficas

- ALIZADE, M. (2007). “Escenarios masculinos vulnerables”. En *Masculinidad. Una mirada desde el psicoanálisis*. México: Universum, pp. 43-61 [2009].
- BLEICHMAR, S. (2006). *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- DEL BOSQUE, M.T. (2009). “Vicisitudes de la elección de pareja en el hombre a la luz de las relaciones objetales primarias”. En *Masculinidad...*, ob. cit., pp. 62-72.
- FRIDMAN, I. (2000). “La búsqueda del padre. El dilema de la masculinidad”. En *Psicoanálisis y género*. Buenos Aires: Lugar Editorial, pp. 283-298.
- LEISSE de L., A. (2002). “La homosexualidad hoy. Vaivenes del tránsito sexual”. *Trópicos*, revista de psicoanálisis, X, 2: 69-78.
- OLIVIER, C. (1984). *Los hijos de Yocasta*. México: Fondo de Cultura Económica.